

impresionarle y consolarle, le dice: Mui bien, hermano mio, has perorado y soñado perfectamente sobre esa divina diosa que idolatras y á quien dedicas tus devociones: ahora me dirás quién es, para tener el honor de conocerla y hacer el oficio de intercesora, pues que no te atreves á declarar la tu inclinacion.— ¡Ah! hermana mia, le responde Livio; tú te ries y no sabes lo que yo sufro.— Pero hermano, repone Cornelia, ¿quién es esa deidad? vamos. ¿Tampoco á mí te atreverás á decirmelo? ¿temes acaso que yo te la robe, ó que me enamore de ella para privarte despues de su cariño?— No es eso, hermana mia; sino que yo quisiera me dices palabra de socorrer-

me y ayudarme luego que te la nombre.— Yo te doi mi palabra, y confia en mí, pues á cualquiera precio que sea te prometo ser tu mensagera y protectora, luego que la conozca.— Livio, abrazando á su hermana lleno de gozo y gratitud, la dice: Camila, tu compañera es la que ha cautivado mi corazon, trasformando á tu hermano de la manera que ves: te suplico pues, querida Cornelia, que la hagas conocer mi ciega pasion y tormento, asegurándola que si desprecia mi cariño, será imposible que yo pueda sobrevivir á tal declaracion.— Mui bien, hermano mio, dice Cornelia, yo haré mi deber, y no omitiré diligencia alguna que pueda contribuir á tu ali-

vio; solo te suplico depongas tu pena y te alegres, saliendo de esa soledad y tristeza en que te veo sumergido, para que tu querida no crea al verte en tan triste estado, que la hace el amor un hombre extravagante y demente.—Segun veo, hermana mia, tú no entiendes de amor; pues de tener alguna idea, supieras que su delicia son las lágrimas, los suspiros, los sollozos, la tristeza, la incomunicacion con la sociedad y los placeres; asi es que aquellos que son mas constantes y leales, demuestran por estas señales su carácter sensible y su firmeza, siendo el indicio mas vehemente de su verdadera pasion; al paso que los que no sufren estos crueles efectos, no

es posible tengan radicado su afecto, pues que no padece su corazon.— ¡Hé aqui una buena filosofia! repone Cornelia: yo mas quiero no tener amor, que verme atormentada por esas pasiones, derriendiéndome y secando mi cerebro á fuerza de lágrimas y cavilaciones, y esponiéndome á un frenesí como el que veo en ti, que te priva de todo contento y reposo.— ¡Cómo! ¿contento dices? Mas placer disfruto yo en mi imaginacion quando contemplo interiormente las perfecciones y las gracias de mi amada Camila, que tú sin las aprensiones ni esclavitud que me causa el amor.— Mui bien, dice Cornelia, vive á tu placer, y contempla como quieras á ese ídolo de tus

ansias ; pues yo prefiero y aprecio mas una hora de reposo y dormir tranquilamente luego que cae mi cabeza sobre la almohada , que formar castillos en el aire , y figurarme quimeras que me impidan dormir para cantar despues estos disgustos y estas penas , placeres , segun dices , de los amantes , y la gloria de sus pensamientos colocados en el cielo de la diosa de sus amores. Es un alimento demasiado ligero para un estómago acostumbrado á sustancias , el de paladear solo deseos , suspiros y lágrimas , asi como un placer bien extravagante el de las simples contemplaciones. Bien , bien , hermana mia , dice Livio , la experiencia te hará hablar algun dia de otra

manera : lo que yo te pido es , que te compadezcas de mí y no olvides tu palabra. — Tú piensa solamente en las gracias de tu Camila , y mañana veremos si ella piensa como tú. — Concluida esta conferencia se retiró dejando á su hermano , mas contento que de costumbre , por la palabra que habia dado de hablar á su favor , espresando sus sentimientos á Camila. Este fue el primer paso de su locura , confiar sus amores á su hermana , y enseñar á la juventud el camino del amor , harto propagado ya por la corrupcion de las costumbres y de nuestra propia naturaleza , sin necesidad del arte ; pero es tal la ceguedad de un hombre dominado por esta pasion , que camina hasta

(34)

el borde del precipicio sin advertirlo, y solo conoce sus errores cuando empieza á sentir sus funestos resultados. — Al dia siguiente, pues, en que Cornelia habia prometido á su triste hermano hablar á Camila, llegó esta casualmente sola á visitarla; y no queriendo perder tan buena ocasion de cumplir su encargo, y máxime preguntándola Camila cual era la causa de estrañarse Livio de la sociedad que antes tanto frecuentaba, y de no dejarse ver de nadie por estar entregado á la soledad, á lo que la respondió: Yo tenia la misma curiosidad que tú, y la pena de verle asi me ha movido á preguntarle el motivo de sus penas y mudanzas, y me ha dicho

(35)

que procede de ti, querida amiga, y tú sola eres la que causas tantas angustias á mi hermano. ¡Cómo! dice la inocente Camila, ¿yo soi la causa? ¿cómo puede ser eso, si jamas le he ofendido en lo mas mínimo, ni le he hablado una palabra que haya podido trastornar su corazon ni disgustarle? Mucho sentiria que estuviese incomodado conmigo. — La enfermedad de mi hermano, dice Cornelia, proviene de una causa mui diferente de la que tú te imaginas; pues el estremado placer y alegría que le ha causado tu vista, ha producido su pena; y sin embargo, de su misma desgracia (como se dice del escorpion) recibe alivio su corazon. — Cosa estraña por cierto, dice Camila;

pero si no me esplicas mas esas espresiones tan oscuras, no soi capaz de entenderte una palabra. — Eso es lo que mas siento, responde Cornelia, porque si al menos te compadecieses algur tanto de mi pobre hermano, conocerias lo que yo tengo que manifestarte, y pondrias el remedio sin necesidad de intervenir yo en el asunto. — Aun te entiendo menos, dice Camila; con que hazme el favor de esplicarte sin rodeos ni enigmas; y si consiste en mí, no dudes te daré gusto en quanto me pidas, para alivio de tu hermano. — Pues, amiga, mi hermano Livio, dice la otra, está tan apasionado de ti, que si no correspondes al amor que le has inspirado, le verás pronto

víctima de tan ciega inclinacion; y habiéndole prometido insinuarlo, te suplico, mi querida amiga, que disimulando mi indiscrecion, hagas alguna cosa por mí, consolando al pobre Livio, de manera que vuelva en sí, y quede curado de ese mal de amor que le atormenta, y que me tiene llena de pena: considera cuál será mi afliccion cuando tan jóven y sin esperiencia de este mal, me he visto obligada á hacerte esta súplica y declaracion á nombre del paciente, aunque con temor por parecerme no ser encargos mui decentes para una niña de mi edad; pero el cariño que tengo á mi hermano, será el que me disculpe contigo de la falta en que me haya

podido hacer caer esta oficiosidad. — ¿Quién hubiera pensado jamas (respondió Camila, enagenada de una justa cólera) que una señorita como tú se encargara de un mensage tan poco decoroso y digno de la portadora, como de la que le recibe, solo por satisfacer el antojo y capricho, contrario á nuestro decoro, de un jóven exaltado? ¿Pero crees tú, querida amiga, que siempre que los hombres se presentan tristes, llorosos y rendidos, es por amor y guiados de un honesto deseo? No, no, hija mia: las lágrimas y los suspiros son solamente la confesion y señal del deseo; y eso no merece ningun premio; pues el corazon que desea engañar, suele fijarse so-

lamente en cosas que la razon no puede conceder. ¿Qué le importa á una doncella que un amante se anegue en lágrimas de dolor, si para enjugarlas pretende privarla de las alhajas mas preciosas, que son la virtud, el honor y la reputacion? Lloren mas que Jeremías, mientras nos reimos de sus astucias, conservando intactos nuestra buena fama y honor. A vista de esto, las quejas y fingidas lágrimas de los amantes no son para mí otra cosa que el incentivo para sorprender á la sencilla é inesperta juventud, y burlarse despues que nos hayan pescado en sus redes, en castigo de haber dado oido á sus falaces cariños y espresiones almiaradas. Si Livio se aflige y sue-

ña, que abrace á sus mismas ilusiones, y acaricie á la sombra de su fantasía, pues yo me contento con amarte á ti y á las demas amigas; y los hombres pueden dirigir sus miradas y suspiros á otra parte; concluyendo con decirte, que yo no quiero ni deseo que él ni otro alguno me ofrezcan sus obsequios, ó piensen que los estimo; y si vuelvo á oírte hablar mas, puedes estar segura que será por la última vez; suplicándote que si quieres ser como hasta aqui mi mayor amiga, no vuelvas á tomar semejantes encargos; pues á mas de perder el tiempo y no sacar ningun fruto, me privaré de tu amistad, y tú quedarás mal reputada por solicitar de una manera tan

poco conforme con el decoro y el pudor á las jóvenes que frecuentan tu casa.—Cornelia, admirada y confusa, no solo de la resolución de que Camila la habia enterado, sino de la frialdad y enojo con que la habia hablado, no supo qué responderla, quedando sorprendida de aquella reconvencion, é ignorando su fundamento, por no estar al alcance de su sencillez é inocencia virginal aquellas réplicas que usan los discípulos de este hijo travieso de Venus. Con este motivo se disculpó lo mejor que pudo, y prometió á Camila no volver jamas á usar de semejante lenguaje; suplicándola no dejase de frecuentar su casa como siempre, lo que la otra prometió

mui gustosa, viendo la candidez de Cornelia, y conociendo que si habia cometido aquella falta, era por las importunas instancias de su hermano. Este, luego que se retiró Camila, se fue á ver á su hermana para saber lo que le debia causar mas mal que la sombra de la muerte; y viéndola pensativa con los ojos bañados en lágrimas de dolor por la mala acogida de su mision, adivinó luego que habia sido despreciado su cariño, y que Camila se habia incomodado con ella extrañando la noticia de tales amores; y en esta persuasion habló á su hermana de esta suerte. — ¿Con que, hermana mia, segun veo, tu amiga Camila es tan fina para ti, como insensible á mis penas? Conozco

por tu semblante que no ha querido escucharte ni compadecerse del tormento que sufre mi corazon por amarla mas que á mí mismo. — La infeliz Cornelia, que vió á su hermano enteramente demudado, y con la palidez que producía su dolor, le refirió otra cosa mui diferente de la que la habia dicho Camila, asegurándole que su declaracion no la habia enteramente disgustado; y que sus respuestas no habian cerrado las puertas á la esperanza, aunque al primer impulso se hubiese irritado algo hablando de la falsedad de los amantes; pero que por lo demas no era para desanimarse y tratar de seguir en aquella tristeza y soledad. — Livio, habiendo escuchado aten-



tamente lo que su hermana le decía, la preguntó si sería posible hablarla; á lo que le respondió, aunque algo admirada, que no convenia precipitarse; pero que podría escribirla, y que ella exigiria una contestacion. — El hermano aprobó el pensamiento y resolvió seguir el consejo de Cornelia, la que hacia todo esto únicamente por ganar tiempo y distraerle de sus desvarios; porque era en vano darle consuelo, pues estaba tan engolfado en sus amores, que todo el esfuerzo de los pilotos del arsenal de Venecia no hubiera podido ser suficiente á sacarle del abismo en que se hallaba sumergido; y sin perder momento tomó la pluma y la escribió una carta llena de ternura, suplicándo-

la no fuese insensible á un cariño tan constante, sin olvidar este desgraciado amante mil juramentos interrumpidos por lágrimas y sollozos. A la mañana siguiente dió el billete á su hermana, la que por un lado sufría una pena cruel de ver á su hermano entregado á una pasión tan violenta, en cuyo remedio hubiera deseado que su amiga le hubiese consolado; y por otra parte temia enfadarla, y mas aun perder su amistad, si volvía á tocarla este punto; pero la inocente no era aun experimentada en amor para poder conocer ni su corazón ni las consecuencias de una debilidad cualquiera en una muger. Estos recelos la hicieron diferir por algunos dias la entrega del billete,

temiendo lo que despues sucedió; pues si se lo daba, suponía con fundamento que Camila lo despreciaría; y por otro lado veía que Livio estaba espuesto á morir de dolor: sin embargo, viéndose importunada por él, se resolvió al fin á dar este paso para saber cómo recibiría Camila esta segunda embajada. Un dia á la hora en que las jóvenes solian verse, fue Camila sola á casa de Cornelia, y despues de haberse referido sus puerilidades y ocurrencias, la hermana de Livio sacó la carta de su seno, y con una risa preventiva dice á su amiga: «Toma, querida Camila, lee, y verás sin duda una de las locuras de los amantes en esta carta que me he hallado esta mañana

cuando bajaba á oír misa.» — Camila, que era fina y penetrante, conoció al momento de donde venía aquella embajada, y sin detenerse la respondió: «Bien veo á donde se dirige esto; y si no fuera por darte ese disgusto, y estando tambien segura de que por mérito que tenga no me ha de hacer sensacion, la haría ahora mismo mil pedazos; pero te advierto, que si tiene alguna cosa que ofenda mi delicadeza y sentimientos, te cumpliré mi palabra en lo que ya te he prevenido.» — Yo no sé lo que es, dice Cornelia; pero te aseguro de todos modos, que hombre ninguno me ha encargado presentarte billete ni embajada, y de consiguiente no sería justo cargar con la penitencia de

un pecado de que no soi culpable. — Bien, bien, dice Camila, leamos la relacion de estos amores tan mal fundados, como poco agradecidos; y despues de haberlo leido de un extremo á otro (en lo que halló un singular placer), empezó ya á sentir en su misma agitacion cierta sensacion que anunciaba haber sido flechado de amor su tierno pecho; pero usando de su entereza acostumbrada, aunque sujetando y disimulando un deseo que antes no existia en su imaginacion, con semblante desdeñoso dirigió estas espresiones á su amiga: «Conozco, Cornelia, que mi estremada paciencia, unida á la facilidad con que logras escuchar tus embajadas, te han dado valor para continuar un

encargo tan ageno del decoro con que debe obrar una señorita de tu clase; y no hai que dar á las cosas otro colorido que el natural, en atencion á que no soi tan estúpida, que no conozca la mosca en la leche, y á donde se dirigen tales astucias. Por lo tanto, dirás á tu hermanito, que antes que la enfermedad se agrave, soi de opinion de que debe tratar de curar su cabeza, para que, teniendo enteramente sano el cerebro, no sea causa de la ruina de todo lo que tiene mejor; porque estoi resuelta á observar lo que te dije la última vez que me hablaste de esta simpleza; y en cuanto á ti, yo seré quien se imponga á sí misma el castigo de mi indiscrecion, privándome de la

compañía que me causaba tanto placer: á Dios, hasta que con otro motivo mas grato volvamos á tratarnos con la familiaridad que hasta aqui. — Decirlo y hacerlo, todo fue uno; porque si hubiese esperado respuesta de Cornelia, se hubiera hallado en peligro de sucumbir y prestar oídos á su amiga, á la que dejó desconsolada, y marchó confusa y rodeada de infinitos pensamientos. Entonces fue cuando empezó á meditar sobre la pasión de Livio, convenciéndose de que tal constancia y tison no podian existir, no siendo por un amor verdadero y vehemente; por lo que se resolvió á mudar de propósito, si volvian á hablarla, y elegir á Livio para es-

poso y depositario de sus secretos. En esto se conoce la poca estabilidad de las criaturas, particularmente en amor; pues vemos que la que hace poco habia resuelto despreciar toda insinuacion amorosa para no dejar á esta pasión ocupar jamas su imaginacion, ha cambiado en un momento; pero esto es muy laudable, pues los errores que se cometen todos los dias por los amantes, son causa de que se precipiten muchos frecuentemente en el abismo de una pasión, sin saber el mérito de las personas y el resultado que una inclinacion tan precipitada puede tener; y de aqui proviene que tantos hombres hayan concluido su vida tan desgraciadamente, dejando el ejemplo

lastimoso de sus desvaríos para enseñarnos á conocer que en todas las cosas es preciso obrar con medida y reflexion para evitar las tristes consecuencias que despues ya no se pueden remediar ni contener. — Esto fue lo que sucedió á Livio; pues enterado de la respuesta de su querida, cayó en una enfermedad tan estraña, que habiendo perdido el sueño y el apetito, dejó á los médicos sin arbitrio de poderle socorrer, opinando que si el paciente no se alegraba y hacia por sí, no habia remedio para salvarle la vida, procediendo su enfermedad solamente de una tristeza vehemente que le devoraba. ¿Qué habian de hacer, siendo el mal de amor tan diferente de todas las en-

fermedades que cura la medicina? Hai aflicciones en el ánimo que se disipan con ciertas drogas que alegran el corazon; pero en esta passion es tan inútil el saber de médicos y boticarios, como ineficaz la virtud de cuantos específicos tienen los herbolarios; al paso que una sola palabra de una muger hace mas que todas las recetas de los fisicos mas espertos de todo el protomedicato de Madrid, París, Lóndres, Pádua y Montpellier. Livio, pues, iba de dia en dia á peor: la passion del amor le devoraba, lo mismo que se derrite la nieve al calor de los rayos del sol. Cornelia, viendo á su hermano en tan lamentable estado, y no teniendo arbitrio de lograr su consuelo, porque ya Camila

no la visitaba, se afligió en tal grado, que no pudiendo soportar el dolor que continuamente la atormentaba, la acometió una calentura tan fuerte, que la obligó á quedarse en cama. Esta se hallaba mui inmediata á la de Livio, no separándolas mas que un tabique, en términos que se oía cuanto se hablaba y se hacia de un cuarto á otro; por lo cual, habiendo Livio llegado á entender que su hermana se habia quedado en cama, estuvo ya para pasar á la eternidad, si no se le hubiese ofrecido casualmente el remedio en el mismo mal de su hermana, como ahora veremos. — Camila estaba inquieta y apesadumbrada de no ver á Cornelia en la iglesia, en la calle ni á los balcones,

y no descansó hasta que supo que Livio se hallaba en los umbrales de la muerte, y que Cornelia tenia una pasion de ánimo tan cruel que seria un milagro si no le seguia al sepulcro. Sorprendida por una noticia tan infausta, no pudo ya disimular el amor secreto que profesaba á Livio, ni la pena que la afligia por el estado en que se hallaba su querida amiga Cornelia, sin demostrarlo por un torrente de lágrimas entre suspiros y lamentos; en tales términos, que parecia quererse salir del pecho su corazon y exhalar el último aliento, para ir á sufrir en otra parte el mal de que confesaba ser ella sola la causa; por lo cual estando sola en su cuarto, *punzada por las flechas de Cupido*, y tras-